

HERMANO LEGO



Escribir en España no es llorar; al contrario escribir en España es un placer. Un placer masoquista. Los escritores y periodistas extranjeros tienen más suerte. De vez en cuando les sale un asunto Matel, un caso Watergate, unos papeles del Pentágono o la corrección de estilo a las memorias de un gangster y claro está los finos escritores y los hábiles reporteros de fuera agarran el cálamo y se llevan al toro al terreno del sol y le hacen una faena sensacional, brindan al público que tanto me quiere y después lo despachan con una estocada hasta la bola. Por eso los periodistas y escritores de fuera son altos, rubios y con ojos azules como salen en las películas, no huelen a tinta china ni a caspa ni llevan el pantalón raído sobre la tripa creada a base de café con leche. Ellos beben campari y cosas exóticas, van con chicas de piernas impresionantes y cogen el avión como quien sube al autobús que pasa por Antón Martín o por Canaletas. Pero las cosas como son. Los periodistas extranjeros lucen dinámicos y bellos porque hay mucho mal en el mundo. Son como los santos antiguos, que sólo tenían sentido porque había mucho pecador.

Nadie tiene la culpa de que por estos parajes las cosas estén en orden. Al contrario debe ser un motivo de íntima alegría el hecho gozoso de que en España los escritores y periodistas estén sin trabajo y que pasen la triste vida sin pena ni gloria endureciendo las posaderas en la mesa de redacción corrigiendo esquelas, apañando telegramas que llegan de las ferias de ganado y maquinaria agrícola, transcribiendo las declaraciones de los alcaldes de pueblo con motivo de las fiestas de la patrona. Todo eso a simple vista puede parecer muy aburrido, pero día a día en labor callada constituye una gloriosa sinfonía apasionada del canto al trabajo, del sonido fascinante de las herramientas del taller, la narración de la epopeya diaria del vivir en paz, la puesta a punto de la historia de la gente que palpita en la calle bajo los paraguas o en alegres caravanas de la prosperidad. Los escritores y periodistas de España no estamos llamados para los grandes hechos como los santos héroes, sino para la labor callada del hermano lego que regaba amorosa y oscuramente la huerta del convento pero que a la hora del juicio final se sentarán tres peldaños más arriba que el santo fundador de la orden. Total, que es un placer.

VICENT

